

La catástrofe hipotética se previó considerando las peores condiciones climáticas y estacionales: en invierno, en la noche y con vientos de ocho metros por segundo. Estimando este tipo de condiciones adversas se cree que habría 610 mil edificios y casas destruidos, de los cuales colapsarían: a causa de la actividad sísmica, 175 mil (29%); por licuefacción en el terreno, 22 mil (4%); por incendios, 412 mil (67%), y por derrumbes de montañas, alrededor de mil (menos de 1%).

Al mismo tiempo, se predice que habría aproximadamente 23 mil pérdidas humanas. Alrededor de 16 mil personas (70%), la mayoría, fenecerían a causa de incendios; por el colapso de casas y edificios, un promedio de 6,400 (28%); por derrumbes montañosos, cerca de sesenta personas, y por el colapso de bardas, quinientas personas (2%). Además se estiman 72 mil víctimas que tendrían que ser rescatadas, y un máximo de daños económicos por 47 billones de yenes en activos y por 48 billones de yenes a causa de la degradación de la industria productiva y de servicios.

Ante este escenario, el plan maestro para el hipotético terremoto incluye medidas urgentes para Tokio, nueve prefecturas (estados) y trescientos nueve municipios aledaños. El plan divide responsabilidades en toda la escala de involucrados en la prevención de desastres y reacción ante ellos, que van desde las autoridades —federales y locales y agencias responsables—, hasta las oficinas públicas, las escuelas, los negocios, el sistema de transporte, los voluntarios que han sido entrenados para coordinarse y los

ciudadanos en general. Los detalles pueden consultarse en *Tokyo Metropolitan Government disaster prevention guide book*, publicado por Otowa Printing y el Gobierno Metropolitano de Tokio.

Después del terremoto en 2011 de magnitud 9, el tsunami con olas de más de treinta metros y el desastre nuclear de Fukushima, la capital japonesa vivió, por primera vez desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, momentos de caos por el corte en el suministro de la energía y la suspensión de los servicios de trenes. Solo en una de las estaciones de trenes, que une a la capital con la zona metropolitana, transitan a diario poco más de dos millones de personas.

En la tarde y la noche del 11 de marzo de 2011 se veían por las calles y las avenidas de Tokio ríos de gente que intentaban volver a sus casas. Un trayecto que en tren les tomaba una o dos horas, a pie terminó en muchos casos hasta el siguiente día. Ante esta situación, hoy se prevé un plan para los negocios y oficinas que contempla no solo asignar a un responsable que coordine la prevención y la reacción, también que el lugar de trabajo esté equipado y los empleados puedan quedarse allí por lo menos tres días y eviten con ello congestionar las calles para volver a sus casas, como ocurrió en marzo de 2011.

Otro plan incluye la designación de un cinturón que conecte vías de tránsito exclusivas para proporcionar la ayuda y llevar a cabo la evacuación. Una vez que se declara la emergencia, esos caminos solo podrían ser usados para los cuerpos de rescatistas o para evacuar la ciudad y dirigirse a otras regiones. Pero la designación

SISMO EN PRIMERA PERSONA

Las anomalías generosas

JULIÁN HERBERT

Llevaba diez días en Shanghái. Una mañana fui a la computadora para dar las buenas noches (acá era de mañana, allá de noche) a mi hijo, que vive en Tepoztlán. Así me enteré de que había temblado en México. Un espejo mental se me estrelló en la cara: el del terremoto del 19 de septiembre de 1985, que viví en Acapulco y me obligó

a cruzar la Ciudad de México dos días más tarde para reunirme con mi mamá.

Lo primero fue la angustia egoísta: ¿qué pasó en Tepoztlán? ¿Dónde están mi exesposa y mi hijo? En Tepoz se habían caído dos iglesias, no había luz, la escuela de mi Leonardo tenía daños estructurales —me dijeron—. Tardé dos

horas en encontrar a mi familia: resulta que el día previo Mónica tuvo que asistir a una reunión de trabajo en Monterrey, y se llevó a Leo consigo. Se enteraron del terremoto de la misma manera que yo: por las noticias.

Lo segundo fue una angustia atemperada: buscar uno a uno a los amigos, seguir relatos particulares

de esas vías no se queda ahí, también incluye la señalización de muchos negocios, tiendas, supermercados, estaciones de policía, escuelas o baños públicos que están ubicados a la orilla de ese cinturón de vías exclusivas para la emergencia, de manera que cooperen con las acciones que se necesiten. Hoy es común ver supermercados, tiendas de veinticuatro horas o restaurantes con una calcomanía en la entrada que lo señala como lugar asignado de ayuda ante una emergencia.

Los centros de evacuación y refugio también ilustran el sentir de un “país de desastres”. Hay tres tipos, y vale la pena señalar que ya están previamente asignados y equipados para la tarea. Es decir, no se crean en el momento de la necesidad. Cualquiera puede tener acceso a un mapa de su localización en las oficinas municipales o desde internet. Además, por las calles hay letreros en edificios, escuelas públicas o parques que anuncian el tipo de refugio o centro de evacuación que les fue asignado.

Hay un tipo de centros que se conocen como Áreas de Evacuación, normalmente parques y lugares abiertos para que la gente acuda durante un terremoto y espere ahí un tiempo corto. Un segundo tipo son los Centros de Evacuación Temporal, asignados como refugios para que las personas se alojen tres días en caso de no poder regresar a sus casas. De estos, solo en Tokio hay aproximadamente doscientos designados y equipados con agua, comida y necesidades básicas. Y un tercer tipo son los Refugios Temporales, lugares con capacidad para setenta mil personas asignados por los gobiernos locales en coordinación con el

sector privado, negocios y escuelas para quienes perdieron sus casas o no puedan regresar en el corto plazo a sus viviendas. Estos modelos de centros de evacuación y refugios se repiten en las demás regiones a lo largo y ancho de Japón.

Estos pocos ejemplos de las medidas de prevención ante el hipotético terremoto en Tokio dan cuenta de una sociedad consciente de que le ocurrirá un gran desastre y que por ello invierte en la prevención y educación al respecto. Las medidas son innumerables, pero atraviesan todas las capas de la sociedad, desde el niño en la escuela, el anciano en el hospital o en el asilo, hasta el funcionario o empleado responsable en la emergencia.

En la mente latinoamericana pueden parecer medidas paranoicas que invitan solo al pánico y a la desinformación. Pero esto no son profecías mayas. Para la mente japonesa es una realidad porque lo ven como parte de su destino: son un país de desastres y prevén y actúan en consecuencia. En México, la improvisación resulta una válvula de escape en la acción solidaria que surge en la catástrofe. Pero en la emoción de la ayuda desbordada se olvida que esa improvisación es una falla en la escala de responsabilidades. México debe de aprender de países líderes en el manejo de desastres y Japón, “amigo en la adversidad, cuate de verdad”, como dijo el líder del equipo de auxilio nipón al despedirse del país, es sin duda el mayor ejemplo. —

MONSERRAT LOYDE es internacionalista. Vive en Japón desde hace más de quince años.

en Twitter. La mayoría de mis amigos estaban asustados y muchos tuvieron que dejar sus casas, pero todos estaban vivos y sin un rasguño. Algunos formaban brigadas, entregaban despensas, organizaban y/o certificaban información digital con la intención de dar forma a la —no inesperada pero si avasalladora— respuesta ciudadana. Muy pronto fluyeron las historias de solidaridad, de compromiso humano y chilango. Me dio una envidia rara: habría querido estar ahí, llevando mantas o removiendo escombros. No enfatizaré de nuevo la trascendencia que tiene la compasión frente al horror: todos sabemos que esto es lo más

importante que sucedió en la Ciudad de México los días 19 y 20 de septiembre, y es algo que sigue sucediendo hasta hoy.

Decidí dar un paso atrás: ver por sobre los hombros de los testigos para construir una (entre muchas) versión crítica del relato. Ese era mi lugar y mi única opción: ya dije que estaba en Shanghai y habría sido ridículo buscar un casco y una pala y salir a la calle.

La primera división —leve— que noté entre las huestes solidarias fue su actitud ante la reacción gubernamental: mientras alguien describía con rabia la escena de un camión lleno de soldados comiendo tacos cuando a su alrededor la

gente removía escombros en las calles, alguien más escribió: “Es la primera vez que me emocioné al escuchar el verso del *Himno* que dice: ‘Un soldado en cada hijo te dio’.” Había una tenue preideologización ante la naturaleza: muchos de quienes estamos hartos de los fallos y abusos del actual gobierno habían decidido de antemano que el Estado fracasaría en su reacción. Otras personas, por el contrario, vieron el hiato del desastre como una prueba de las virtudes del régimen; y otras más, incluso, de las virtudes de un sector particular del régimen: las fuerzas armadas. Pero lo que prevalecía era la solidaridad.



Una solidaridad, tengo que decirlo, vagamente histórica en algunos casos. Hubo un momento en que mi *timeline* (TL) informó que no había *nada* para socorrer a la gente de Xochimilco: ni brigadistas ni refugios ni alimentos. A las pocas horas, la misma cuenta de Twitter pidió que por favor ya no se enviaran personas ni servicios a Xochimilco: la oferta había desbordado la demanda. Si se compara con el 85, el rescate de sobrevivientes rompió récords: a las pocas horas ya casi todos los heridos estaban recibiendo atención médica. Junto a la tecnología de punta empleada por el ejército, creo que brillaron más los grupos de voluntarios, algunos nuevos y otros de tradición, como los Topos; también las redes sociales, cuya eficacia superó cualquier otro momento de organización ciudadana que yo recuerde en México. Tampoco faltó lugar para las acusaciones de corrupción: muy pronto se cuestionó al gobernador de Morelos por un faltante en las despensas destinadas a los damnificados.

La culminación de este periodo excepcional y virtuoso de unidad nacional fue —y la metáfora es compleja, pero se explica sola— el pretendido rescate de la niña Frida Sofía entre los restos de la escuela

Rébsamen. Nos enteramos al final de que todo era una comedia de errores (si no es que un tongo) construida a partes iguales por la Marina, Televisa y los espectadores. Pero, además, el caso puso en evidencia la falta de coordinación entre grupos de rescatistas federales y distintos niveles de gobierno. En este punto, me animé a hacer vía Twitter una primera crítica de la forma en que se manejó tanto la organización de grupos de rescate como el uso de la información. La reacción en mi TL fue más iracunda de lo que esperaba, prevaleciendo en ella dos descalificaciones que resumo así: “eres un *chairo*” y “si no ayudas, no estorbes”. Entendí que era demasiado temprano y me guardé mis opiniones.

Sigo en Shanghái. Para cuando escribo estas líneas, pronto se cumplirá un mes del terremoto. El lenguaje de lo excepcional ha fluido desde entonces, devolviéndonos a una supuesta *normalidad* —digo supuesta porque en México no existe tal cosa, y así lo esbozaron en su momento sendos artículos de Guillermo Sheridan y Jesús Silva-Herzog Márquez.

Pergeño un par de ideas finales.

Contra lo que algunos esperábamos, el gobierno de Peña Nieto logró casi neutralizar el

descontento en su contra acerca de este evento particular. Una de las razones es que su capacidad de reacción superó a la del régimen de Miguel de la Madrid. Pero otra es que ejerció desde el principio un férreo control de daños —sobre todo por televisión—; sin embargo, su postura ante los restos del desastre sigue siendo irresponsablemente tibia. Y hay una tercera cuestión, de índole ideológica: la crítica a la corrupción de este gobierno es unánime desde la oposición, pero la crítica a las instituciones es un producto privilegiado de la izquierda. Las diferencias ideológicas, me temo, pesan en México mucho más de lo que merecen. La solidaridad mostrada es una prueba de los muchos valores y necesidades que nos unen, pero la clase política y nuestra idiosincrasia han logrado colocar los fantasmas del lenguaje tecnocrático, la consigna revolucionaria y el puritanismo liberal por encima de la tragedia. En este momento, Tamaulipas y Guerrero —por poner dos ejemplos— viven una emergencia y un desastre de iguales alcances a los de un terremoto. Solo que su índole no es natural sino social.

Pocos días después del 19 de septiembre, volvió a sonar la alerta sísmica. Era de mañana. Mucha gente salió de su casa en pijama, poniéndose las sandalias o cargando el plato de chilaquiles. Alguien describió a un hombre parado en una esquina, envuelto en una toalla, enjabonado y hablando por celular. Muchas de estas escenas fueron descritas con risa y ternura por muchos chilangos. Ese día volvió al ruedo uno de los recursos políticos y solidarios que más amo de mi país: el humor. —

JULIÁN HERBERT (Acapulco, 1971) es poeta, ensayista y narrador. Este año, Literatura Random House puso en circulación *Tráiganme la cabeza de Quentin Tarantino*.